

**LA REPUBLICA POPULAR DEMOCRATICA
DE COREA, SU CONTRIBUCION A
LA REVOLUCION MUNDIAL
Y AL SOCIALISMO**

José Moncada S.

Durante el mes de agosto último tuve la suerte de visitar, conjuntamente con algunos compañeros ecuatorianos, la República Popular Democrática de Corea, un país situado tan distante del nuestro y del que se conoce muy poco, pero del que sin duda hay mucho que aprender en el propósito de construir en el Ecuador y en otros países subdesarrollados, una economía sólida, independiente, próspera y una sociedad sin las desigualdades, las deformaciones ni las frustraciones de las sociedades capitalistas.

Corea ocupa una península que se extiende de norte a sur y de 4.198 islas que la rodean. Su superficie es más reducida que la del Ecuador. Tiene menos de 223 mil kilómetros cuadrados y limita al norte con la república Popular China y la Unión Soviética. Su población es de unos 50 millones de habitantes, 18 millones de los cuales viven en la parte norte de la línea divisoria artificial que separa al pueblo coreano desde 1945 y que, ocu-

pando una superficie de aproximadamente 110 mil kilómetros cuadrados, conforman propiamente la República Popular Democrática de Corea, cuya fundación fue proclamada el 9 de septiembre de 1948, después de un proceso eleccionario celebrado en las partes norte y sur para elegir a los miembros de la Asamblea Popular Suprema, en el que participó la inmensa mayoría de la población coreana.

En este país, tan pequeño, dividido y ocupado en su parte sur por el imperialismo norteamericano, existe un pueblo laborioso, optimista. Un pueblo que sabe leer y escribir; una juventud alegre que canta y que ríe, una población que goza de amplios como eficientes servicios de educación y de salud; un país libre, próspero en el cual sus obreros, campesinos, soldados, maestros, estudiantes, hombres y mujeres, jóvenes, viejos y niños, entregan lo mejor de sí a la causa de la revolución y apoyan a las luchas de los trabajadores y a la construcción del socialismo en todas partes del mundo.

En la República Popular Democrática de Corea existen progresos considerables que es preciso reconocer y subrayar. Su economía, que hace apenas 30 años fue virtualmente reducida a cenizas por la agresión bélica norteamericana, ha logrado no sólo reconstruirse sino ampliarse significativamente y modernizarse hasta conformar actualmente un verdadero emporio de riqueza y actividad, donde el ingreso nacional crece de manera sistemática, donde mejora día a día la distribución pues aumentan significativamente los ingresos de los obreros, de los campesinos, de los pescadores, de los oficinistas, estimándose que en 1983 el ingreso por habitante superó los 2.000 dólares anuales, sin considerar en esta cifra la asistencia médica y el sistema de enseñanza totalmente gratuitos que beneficia a todo coreano.

El alto ingreso por habitante, que es el doble del que percibe en

promedio cada habitante ecuatoriano (donde el promedio esconde desigualdades insultantes que no se dan en ningún país socialista) junto a la extensión de los servicios sociales; el bajísimo y casi simbólico pago por alquiler de vivienda, que solo llega al tres por ciento del ingreso familiar; la abolición del pago de impuestos; el abastecimiento adecuado de cereales, víveres en general y combustibles; la construcción de casas de reposo y convalecencia para obreros y empleados, de clínicas rurales y hospitales en los lugares más apartados del país; el énfasis considerable a la medicina preventiva que se traduce en la creación de una infraestructura sanitaria adecuada y el establecimiento de un avanzado sistema de servicio médico donde cada médico visita regularmente a los habitantes de la zona residencial de la que está encargado (contrariamente a lo que acontece en nuestro país donde son los pacientes quienes visitan al médico) y una serie de acciones de claro y directo beneficio popular y nacional, son factores que han influido determinantemente para que la esperanza de vida de cada habitante de la República Popular Democrática de Corea sea actualmente de unos 75 años (en el Ecuador es de 59.6 años) uno de los más altos del mundo.

Esta elevada esperanza de vida como el alto nivel de instrucción del pueblo coreano (existe la enseñanza obligatoria de 11 años: un año pre-escolar y 10 años escolares), como el fomento de la investigación, como la belleza arquitectónica y la limpieza de sus ciudades, como el florecimiento y desarrollo de la literatura, del arte, de la cinematografía, de la ópera, de la música, de la pintura, del teatro, de la coreografía, del arte circense; de sus éxitos deportivos, no pueden siquiera concebirse sin la existencia de una sólida base material, sin el soporte de una economía independiente y robusta capaz de garantizar el desarrollo integral de todos los aspectos trascendentes de la vida social y de la realización humana.

La economía de la República Popular Democrática de Corea se

en encuentra debidamente planificada a fin de elevar lo más rápidamente posible el nivel de vida material y cultural del pueblo. Naturalmente, para poder planificar la economía, fue previamente necesario expulsar al imperialismo de la parte norte del territorio coreano, despojar a la gran burguesía de todo su poder económico y político, y organizar la actividad económica en función de los auténticos intereses del pueblo coreano.

Estas actividades se cumplieron básicamente, entre 1946 y 1950, cuando se efectuó una reforma agraria que confiscó las tierras de los imperialistas japoneses y elementos pro-japoneses terratenientes que tenían más de cinco zonghos (un zongho equivale aproximadamente a 8000 metros cuadrados) como también de otros que daban las tierras en arriendo sin cultivarlas ellos mismos. La tierra confiscada, sin indemnización, se repartió gratuitamente entre los campesinos.

Otra medida importante fue la nacionalización de las principales industrias, que pasaron a ser propiedad estatal. Simultáneamente, se promulgaron leyes encaminadas a democratizar la educación, la cultura, la justicia, a establecer la igualdad de derechos del hombre y de la mujer.

Naturalmente, estas medidas fueron dictadas y tuvieron eficacia cuando el pueblo coreano conquistó para sí el poder, cuanto logró destruir los viejos aparatos de dominación neocolonial y establecer firmemente un régimen de democracia popular y revolucionaria. Así se cumplió un período de transición hacia el socialismo, que en 1949 hizo posible la ejecución de un primer plan bienal, para continuar después de la agresión norteamericana con la ejecución de un plan trienal (1954—1956), un plan quinquenal (1957—1961), dos planes septenales, uno de los cuales debió extenderse en dos años; un plan sexenal (1971—1976) y un plan septenal que se encuentra actualmente en vigencia (1978—1984).

Resultado de todos estos planes de desarrollo, la República Popular Democrática de Corea muestra hoy una agricultura altamente productiva y mecanizada. Cultivado su territorio hasta el último milímetro, con una red de embalses y canales de riego que hacen de este país uno de los de mayor superficie agrícola bajo riego de todos los países del mundo. En la República Popular Democrática de Corea existen más de siete tractores aproximadamente por cada 100 hectáreas de tierra cultivada, cuando en el Ecuador tal cifra es de solo un tercio de tractor.

Resultado de este proceso de mecanización, de mejores técnicas en los cultivos, de la intensificación de los procesos de quimización, de irrigación, de electrificación de la agricultura, de transformación de la economía campesina individual en una economía cooperativa socialista, hoy la agricultura de la República Popular Democrática de Corea muestra rendimientos productivos muy altos y se han reducido considerablemente las diferencias en el nivel de vida del habitante del campo y de la ciudad. Se obtienen por ejemplo ocho toneladas de arroz por hectárea (en el Ecuador tres toneladas), 7, toneladas de maíz por hectárea (en el Ecuador dos toneladas), y se espera que hacia fines de la presente década, se alcance una producción de 15 millones de toneladas de cereales.

Pero tan altos rendimientos productivos como la introducción de modernos procesos tecnológicos en el sector agrícola fueron posibles una vez que se alteró la estructura socio-económica interna, que constituía la base del atraso agrícola de Corea.

En materia industrial, la República Popular Democrática de Corea produce generadores de energía eléctrica para aprovechar sus abundantes caídas de agua y sus riquezas minerales como el carbón y la antracita. La capacidad de generación de energía, a fines de la presente década será de 100 mil millones de kilowatios hora en un año. Compárese esta cifra con los tres mil millones

de kilowatios hora que produce nuestro país.

Para alcanzar tal grado de progreso se dio prioridad a la prospección geológica y a la creación de una industria pesada a fin de que sirva al mejor desarrollo de la industria ligera, a la economía rural y al mejoramiento de la vida del pueblo. No disponiendo de petróleo, la República Popular Democrática de Corea explota en gran cantidad varias riquezas combustibles como el carbón bituminoso, el lignito, la turba y la super-antracita.

El país dispone asimismo de una industria siderúrgica de gran envergadura, aprovecha plenamente sus abundantes reservas de hierro. Hacia fines de la década de 1980 la República Popular Democrática de Corea llegará a producir anualmente 15 millones de toneladas de acero, esto es, cerca de la producción conjunta de Argentina, Brasil y México.

En todas partes del país están localizadas fábricas de maquinaria moderna. Existen talleres de laminación en caliente y en frío en la fundición de hierro de "Kim Chek". Se produce tubos de acero sin costura, cables de acero, máquinas-herramientas modernas como el torno "Jichon No. 5", fresadoras, taladros, máquinas rectificadoras de engranajes, locomotoras, embarcaciones de pesca, buques frigoríficos, tractores, camiones, automóviles, transplantadoras de arroz, cosechadoras de arroz y de maíz, trilladoras de arroz; perforadoras mineras, trituradoras, correas de transmisión, excavadoras.

En la industria química, es asombrosa la utilización de la antracita y la piedra caliza (cuyas reservas son virtualmente inagotables) para producir el carburo, del cual se obtiene el acetileno, las fibras químicas, y de estas los hilos y las telas para el vestuario de la población. De la antracita y la piedra caliza obtienen también el vinalón, resinas y otros artículos químicos sintéticos y fertilizantes.

La producción de materiales de construcción es muy variada y abundante. Produce 20 millones de toneladas de cemento (en nuestro país la producción de cemento en 1982 fue de menos de dos millones de toneladas), ladrillos, piezas prefabricadas, vidrios, mármol, granito.

En cuanto a la industria ligera, se han creado modernas plantas productoras de alimentos, textiles, calzado, artículos de uso diario.

En el campo de los transportes, se han fomentado los medios masivos como los trolebuses, el ferrocarril electrificado que tiene una enorme cantidad de tracción de carga por unidad de energía y sin los problemas de contaminación ambiental y el uso del petróleo importado. Es importante también la construcción de barcos de gran tonelaje y la modernización de puertos. Tiene la República Popular Democrática de Corea, sin lugar a dudas, el metro más moderno y elegante del mundo.

A muchísimos más logros podríamos referirnos en este corto artículo; todos ellos no tienen otra explicación que la realización de una profunda revolución que se fundamentó y se fundamenta en una sólida conciencia antimperialista y antioligárquica que se propuso acabar con el capitalismo como sistema social y abrazar la causa del socialismo. La experiencia de la República Popular Democrática de Corea demuestra de lo que es capaz de construir el socialismo en apenas tres décadas.

Naturalmente, no todo es color de rosa. Sin duda alguna, en la República Popular Democrática de Corea se viven aún determinadas carencias, hay dificultades que su pueblo y sus dirigentes se esmeran en superar. Es que no hay fórmulas mágicas ni se puede terminar por decreto con los problemas acumulados históricamente en un país. El socialismo, con ser una organización infinitamente superior al capitalismo, es un esfuerzo huma-

no que tampoco puede de la noche a la mañana liquidar con las dificultades materiales y humanas que se arrastran de la vieja sociedad y con las que surgen en la construcción de una sociedad distinta. En el caso de la República Popular Democrática de Corea la situación es aún mucho más grave en razón de que se trata de un pueblo que ha sido víctima de intervenciones extranjeras, explotación, hostigamiento, provocaciones del imperialismo.

Para solamente referirnos a la Corea de la época moderna, recordemos los intentos opresores norteamericanos que desde la década de los 30 del siglo XIX pretendieron convertir a Corea en su colonia y su trampolín para alcanzar al Asia.

Posteriormente, la agresión y el saqueo iniciado por los militaristas japoneses y la ocupación de Corea en 1910 hasta 1945, cuando el pueblo coreano se liberó derrotando al imperialismo japonés.

Unos años más tarde, sin embargo, con motivo de la segunda guerra mundial y en la lucha contra el Japón, ocuparon Corea tropas soviéticas y norteamericanas, habiéndose retirado las primeras y permanecido ilegalmente las segundas que han intensificado su permanencia en el sur del paralelo 38, practicando una política de agresión y provocación. Precisamente los imperialistas norteamericanos suministraron al ejército surcoreano enormes cantidades de armas e instigaron a las autoridades surcoreanas a que provocaran la agresión, hecho que se produjo el 25 de junio de 1950.

La agresión imperialista norteamericana significó arrojar sobre la parte norte de la república, un promedio de 18 bombas por kilómetro cuadrado; arrasar con la industria, la agricultura, las vías de comunicación, edificios, establecimientos de enseñanza, hospitales; dejar en escombros a ciudades como Pyongyang. Fueron tan grandes los daños causados que, cuando en julio de

1953 terminó la guerra, los propios agresores imperialistas reconocieron que para reconstruir Pyongyang, iba a ser necesario esperar por lo menos 100 años.

Han transcurrido tres décadas del fin de tal conflicto y, sin embargo, la República Popular Democrática de Corea no sólo que ha sido reconstruída sino que, como indicamos al iniciar este artículo, su economía se ha modernizado y ampliado de una manera considerable. El pueblo coreano ha librado y continúa librando una lucha gigantesca por la restauración postbélica y por la conformación de una nueva sociedad socialista. Para ello fue necesario desplegar un grande y sacrificado esfuerzo en el que muchos patriotas perdieron su vida. Fue necesario construir un partido político capaz de recoger y representar los intereses de los trabajadores, de convertirse en su vanguardia revolucionaria y de emprender en una lucha tenaz bajo la guía de dirigentes como Kim Il Sung, cuya inteligencia, audacia y valor es reconocida por su pueblo. Precisamente la capacidad revolucionaria del Partido del Trabajo de Corea, forjada en largos años de lucha, le permitió a Kim Il Sung crear la idea Zuche, que no es otra cosa que la concepción marxista aplicada a las condiciones específicas de Corea, desde una posición independiente y creadora, oponiéndose resueltamente al servilismo y al dogmatismo. Es estudiar de una manera crítica e independiente la teoría revolucionaria del marxismo—leninismo y su aplicación a la historia y a las realidades del pueblo coreano.

En la República Popular Democrática de Corea, quedaron entonces atrás las antiguas privaciones. Hoy se trata de un país soberano, independiente, próspero, trabajador, sin desempleo, sin inflación; un país consciente de sus posibilidades; donde se protegen sus recursos naturales; un país solidario, integrante del Movimiento de Países no Alineados, un país que con su lucha y con su esfuerzo marcha en posiciones de vanguardia en el irreversible avance de la humanidad hacia el socialismo.

Los logros alcanzados por la República Popular Democrática de Corea, en tan corto tiempo de su liberación y de lucha revolucionaria, son el resultado del empuje de su pueblo, de sus millones y millones de trabajadores formados y templados en la práctica de la edificación socialista; de sus científicos y técnicos creativos e imaginativos que supieron y saben adecuar los conocimientos científicos a las específicas condiciones de su país; de dirigentes como Kim Il Sung portadores de una notable competencia organizadora y administradora que supieron y saben eliminar las prácticas del despilfarro, utilizar intensivamente los materiales, la capacidad productiva del país. Los logros alcanzados por la República Popular Democrática de Corea son la consecuencia inevitable de la transformación de la propiedad y la correspondiente modificación de la mentalidad de su pueblo, de la expulsión del capital extranjero, de la ejecución de transformaciones profundas en la educación, la seguridad social. Los éxitos logrados son en suma, el producto del afianzamiento de las relaciones socialistas de producción y la construcción de una economía nacional independiente, bajo una dirección política creadora.

Por todo lo expuesto es que bien se puede sostener que la revolución coreana nos deja la profunda enseñanza de que una revolución, para ser auténtica, no debe copiar a nadie, ni aplicar la teoría mecánicamente, ni apoyarse en esquemas divorciados de la realidad, ni buscar caminos cortos ni fáciles. Nos deja la enseñanza de que para triunfar, una revolución debe empezar estableciendo con claridad el objetivo de la lucha, ubicando al enemigo principal, identificando, organizando y movilizándolo a las fuerzas capaces para vencerlo.

Actualmente el pueblo coreano lucha tenazmente por afirmar al socialismo en la parte norte del país y por construir un Estado democrático, unificado e independiente, sin ingerencia alguna de fuerzas extranjeras y por la vía pacífica.

A los 30 años de la expulsión definitiva del imperialismo norteamericano de la parte norte de Corea, éste no se ha quedado quieto. Persiste en sus provocaciones y amenazas, refuerza su presencia armada en Corea del Sur; apoya a su gobierno títere; ha construido una gigantesca muralla, de 240 kilómetros de largo que une las costas este y oeste de la península, que mide diez metros de ancho y cinco metros de alto, con puertas de acero de más de tres metros de alto, para separar la parte norte y sur de Corea. El imperialismo norteamericano desestabiliza y amenaza a otros gobiernos democráticos y que buscan la construcción del socialismo.

Pero hoy el mundo, gracias entre otras causas a la propia revolución coreana, ya no es el mismo de hace tres décadas atrás. Hoy ya el imperialismo no puede imponer ni mucho menos impunemente su voluntad. Hoy la correlación mundial de fuerzas ha cambiado en favor de la revolución y el socialismo; sin embargo, para asegurar el desarrollo de éste es imperioso no sólo ofrecerle a pueblos como el de Corea, Cuba o Nicaragua nuestra formal o convencional solidaridad. Se requiere trabajar sistemáticamente también por expulsar al imperialismo de nuestro propio territorio. El Ecuador es un país explotado y dependiente cuyo progreso y soberanía exigen como condición fundamental la organización política de los trabajadores del campo y de la ciudad, de los intelectuales, de los empleados públicos, de los pequeños y medianos propietarios, de los artesanos, en un amplio frente de masas capaz de luchar contra el imperialismo y contra una minúscula fracción oligárquica nativa que actúa como su aliado fundamental. En tal tarea, mucho se puede y debe de aprender de procesos revolucionarios como el coreano; sin embargo, la revolución ecuatoriana para ser auténtica, brotará también de las entrañas de nuestra propia realidad. Será el resultado inextricable de la lucha de su propio pueblo. A tal esfuerzo debemos sumarnos los que de verdad queremos no sólo un Ecuador digno y progresista sino un mundo en el que impere la cooperación, la solidaridad y la paz.